

Caupolicán Montaldo

## Los vencidos (I)

...Ahora, gloriosa montaña,  
la mano del labrador  
con dolor y con amor  
fecunda tu recia entraña.  
Cada surco que te daña  
es una gozosa herida,  
y cada espiga encendida  
bajo los soles de estío  
es tu espíritu bravío  
que está cantando a la vida.

.....



ALOPA la noche en sus corceles de misterio, clavando sus banderas de sombra en el perfil de todas las cosas. El otoño le alienta en sus desmayos amarillos sin fuerza y sin pasión. La noche ha rondado todos los alrededores, y ahora entra en la montaña, rompiendo en cada tronco, doblando los tallos gráciles de las quilas y enredando en las ramas absortas de los ulmos, los robles y los canelos, el afán de inquietud de los pájaros.

El canto de un trucao baja hacia las quebradas llenas de sombras. En la copa de los árboles más altos de la cumbre se

---

(1) Por un error de compaginación se publicó nada más que una parte de este cuento, en nuestro número de Octubre. Lo damos en este número en su texto completo.

balancea la última sonrisa del día. Por el camino que como un tajo moreno rompe la apretada multitud de árboles y arbustos, un indio triste pasa al lento andar del caballejo escuálido. Curvado sobre la montura parece un fantasma del silencio bajo las gasas resueltas de la noche. Y el indio, borracho, llevando el compás de la marcha con la cabeza vacilante, se pierde, como un símbolo, en la sombra de la montaña, cuyos dorsos soberbios recortan más allá la faja de cielo en impulsos violentos y bravíos.

Falda abajo, en los ranchos humildes, en torno del fuego que canta su armonía caprichosa, se juntan los campesinos a descansar del día. Los hombres y los perros, rodeando los tizones que arden, tienen un gesto somnoliento y fatigado. Se habla poco, se despacha luego la pitanza de la noche, y se recoge más tarde cada uno a su rincón, mecánicamente, rutinariamente. Algunos nunca conocieron otra comodidad que tenderse sobre la manta raída a orillas del fuego, y pasar allí la noche en la santa paz de los despreocupados. Otros hunden sus cuerpos en el pajar, y cara a las estrellas recogen su descanso en un sueño largo, que sólo interrumpe el canto de los pájaros en el alba.

En la noche, de cuando en cuando el ¡tué! ¡tué! ¡tué! de un chonchón, rompe la quietud de los campos en una cuchillada de superstición. Los perros ladran hacia las sombras, y el viento mueve las ramas secas que cubren gran parte de los muros de los ranchos.

En el cielo un enorme rebaño de nubes grises se mueve lentamente ante el requerimiento del viento pastor, cuya perdida flauta melancólica suena a veces en las quebradas en una nota silbante y larga. Por entre las siluetas grises las estrellas atisban el sueño de los hombres. Al paso de las nubes se apagan unas y florecen otras, como pupilas asombradas y curiosas que recién miraran el gran espectáculo por primera vez,

Después de la media noche, limpio ya el cielo de nubes, y de regreso todos los brujos a sus cubiles, una luna redonda, petulante y lisa hace su aparición en escena, engañando con su luz, como un santo y seña del alba todavía lejana, el alerta de los gallos centinelas.

Al oriente, se abre más tarde, cuando ya la luna ha dejado de triunfar, un ventanillo blancuzco. Al rato se corre una cortina, y el tono rosado del fondo indica que alguien viene con una luz distinta a asomarse al paisaje.

Y el alba surge de repente entre una música wagneriana de colores. Las hojas empiezan a abrirse, los pájaros aturden las selvas con sus cantos, los gallos atraviesan las distancias con sus alertas sonoros. Y cuando la aureola del sol rompe definitivamente, la montaña entera se despereza con júbilo, los árboles abren los brazos majestuosos, y las lagartijas asoman entre los troncos caídos la cabecilla inquieta.

Empiezan a trabajar los leñadores. Los golpes sordos y precisos de las hachas abren un tajo profundo en la base del árbol. Luego cesan un momento de trabajar. Y un desgarramiento de nervios o huesos salvajes precede al golpe brutal del lingue caído. Al choque del árbol contra el suelo, salta la bola negra del eco, que rebotando en las hondonadas lejanas, se ahoga por fin en cualquier recodo indiferente.

## II

Al bajar al otro lado de la montaña, el paisaje baña los ojos con una luz vigorosa. Los cordones de cordillera, como cojines bravíos, acunan al fondo el valle de Contulmo, verde, jocundo, oloroso a manzanas y a huerto pródigo. Y un paso más allá la laguna de Lanalhue, como una gran sábana argentina arrebuja los pies de la montaña, mientras a su alrededor los árboles juegan una ronda infantil cuando pasa el viento.

Dos hombres fuman cigarrillos de hoja mientras bajan hacia el pueblo masticando un comentario breve:

—On Peña volvió ayer de los Sauces, dice que están pagando a siete el saco de lingue. . .

El otro calla un momento, mientras resuelve el cálculo:

—Serían entonces treinta y cinco pesos.

—Ojalá hayan arreglado los caminos pa que vuelva luego.

El pueblo está ya cerca. El camino en el plan es recto, ancho y acogedor. La selva ha quedado atrás. Un molino a orillas de un arroyo pone la primera nota de vida mecánica. Por el camino avanza una carreta, rechinando agriamente bajo el peso de tres sacos de trigo, y a los sacudones de las piedras que denuncian un perdido paso de aguas.

El indio que conduce saluda a los leñadores con gravedad:

—May, may, peñí!

—Contestan éstos casi sin mirarlo. Los cigarrillos se suceden. Los potreros bien delineados y bien cuidados de las orillas denotan la propiedad extranjera. En el potrero de don Oto hay vacas finas y un toro rubio y ñato como su dueño. En el terreno de don Germán el bonito ganado lanar pace tranquilamente, y en el de don Paulo unos bueyes gordos y relucientes hacen los mismos gestos de don Paulo cuando habla castellano: revuelven algo, rumian y tragan aparatosamente.

El pueblo es pequeño. Unas ocho o diez manzanas de casas de madera, y lo demás muy repartido. Donde está la plaza pública y las pertenencias del Alcalde que es extranjero, hace años, no tanto como para olvidarse de los hechos, fueron propiedad de un tal Juan de Dios Montonares, quien a su vez hacía ocho lustros limpió aquel pedazo de suelo con otros nativos, paró cuatro palos, edificó su casa y sus sueños de ser poseedor de aquellas lonjas de tierra grávida que todos los años le daban de comer. Pero un día llegaron harapientos, flacos e intrusos unos cuantos gringos rubios y pálidos que bajo la caricia del sol se echaban el sombrero a los ojos y arrugaban el

rostro. La hospitalidad chilena les brindó el primer techo. Aprendieron a manejar el hacha, el arado, a enyugar, a trillar. Y he aquí que un día el subdelegado ordena a Juan de Dios abandonar esas tierras. El Gobierno, el Gobierno que está en Santiago pero que no sabe nada ni entiende nada de estas cosas, las cede a aquellos advenedizos, quienes, se dice, van a levantar un pueblo modelo, una plaza hermosísima, unos edificios modernos.

Juan de Dios Montonares murió de pena. Otros nativos tuvieron la misma suerte en manos de los guardadores de la ley. De esa ley cuyo espíritu transformaban aquéllos en algo antojadizo y brutal.

Y allí está el pueblo, ayer como hace treinta años, hoy como ayer. Lo único que prospera es la propiedad sajona y la caja abdominal de sus señores. Los hijos de los desposeídos alguna vez se acuerdan de aquella injusticia, y entre trago y trago de la pitarrilla borrosa ahogan una queja anónima. Nada más. No se pueden rebelar abiertamente. ¿Quién les oiría? Y en las tiendas no les fiarían tabaco ni sal. Tabaco, sal y menesteres que pagan trabajando las tierras que ya nunca para ellos tendrá una sonrisa amiga.

### III

Los dos hombres que bajaron de la montaña atraviesan el pueblo, y toman un nuevo camino cuyo extremo va a perderse en el agua mansa de la laguna.

Como el sol en lo alto va rayando al medio día, los rostros transpiran. Los álamos de la orilla dan apenas un puñado de sombras que aprovechan los caminantes para sacarse los sombreros de ñocha y enjugarse el rostro con grandes pañuelos de colores. Uno de los hombres es viejo, pequeño y musculoso. En el rostro ornado por un bigote gris y una barba des-

cuidada, brillan dos ojos suaves. El otro es un muchachón alto, bronceado; los ojos y los pómulos indican una ascendencia inequívoca de araucano.

Un pitío, desde un boldo, alza las notas agudas de su alerta. Unos cuantos pájaros huyen a la dispersada. En la laguna cercana, como un sátiro jovial, el sol hunde sus brazos ebrios de salud.

A la vuelta del último recodo aparece la casa de Matías, el leñador más viejo. Un alazán de hermosa postura, tocado de arreos casi nuevos, tiene las riendas enlazadas en las argollas de la vara.

—El patrón Alfredo ha venido a vernos, Juan.

El otro, cuyo ceño se frunce en un gesto oscuro, masculla por todo comentario:

—De veras.

Cuando llegan a la casa sale a recibirlos María, la esposa de Matías. Es una viejecita bondadosa y simple. De más edad que su marido, tiene alba la cabeza y el rostro lleno de arrugas, pero unas ágiles manos que están en todo y lo saben todo. Nadie como ella para preparar cazuelas, hacer quesos, remendar, zurcir, cuidar los pollos nuevos y tener, en fin, una casa campesina tan limpia y ordenada que no se encontrarán dos en aquellos lugares.

—Matías, dice, allá adentro está esperándote el patrón Alfredo. Yo le adelanté algo sobre la compra del terreno. Y él, como es tan bueno, está muy conforme. Háblalo ahora tú, pues, Matías.

La mujer habla con persuasión y casi correctamente. Díjese poseedora de algo de instrucción, tal es la cortesía que rodea siempre sus palabras.

Matías deja el hacha al lado afuera de la puerta, y entra a la casa: Juan toma la herramienta, y con ésta y la suya al hombro sigue a la cocina. Las deja en un rincón, y luego de mirar desconfiadamente a todos lados, descuelga de un clavo

un lazo liviano y fuerte. Prueba el ojal de la lazada, y con un gesto decidido sale del rancho, atraviesa el camino y se interna en los matorrales de la orilla superior, con los ojos brillantes y una sonrisa firme.

El viejo entra a la casa arrojando el sombrero en cualquier rincón. La casa es toda de maderá, y por dentro nada más que una sala grande y alta. De las vigas desnudas de un lado cuelgan largas ristras de ajíes y unos costillares ahumados. Hasta el centro, por el otro lado la sala es dividida por un tabique de tablas que no llega al techo y que separa el comedor, que se utiliza sólo cuando hay visitas, y el dormitorio de los viejos, que adorna una vulgar oleografía religiosa, frente a la cual, durante el mes de las ánimas, todos los días suspira y muere una vela de sebo.

Por todos los rincones hay elementos de trabajo, y sacos llenos de grano; viejos arreos de montar, blancos de polvo, yugos, corrones y cueros de ovejas.

Don Alfredo, el patrón, conversa con Carmela, la hija de los dueños de casa, fresca fruta para labios golosos y que sólo hace tres meses se casó con José María. Don Alfredo, hombre de cerca de cuarenta años, alto, fuerte, virilmente simpático, dueño de vastos fundos con su hermano menor, se complace en charlar con aquella muchacha, cuyos grandes ojos negros tienen un hechizo indefinible para su corazón ambicioso.

#### IV

Cuando Matías entró al comedor, oyó la voz de Carmela que en son de broma, al parecer, decía:

—No sea loco, don Alfredo. No y no.

Y se retiraba apresuradamente llevándose el platillo donde el huésped había estado probando la miel de la última cosecha.

El hombre pareció que seguiría tras ella, pero la entrada de Matías lo tornó a su asiento. Con la mejor sonrisa fué el primero que saludó:

—¿Qué hay Matías? ¿Cómo van la salud y los trabajos?

—La salú bien, patrón, y de los trabajos no me puedo quejar.

Y agregó en confianza:

—Y usted siempre firme como un peral.

De repente se acordó de la petición que tenía que formular y calló, confuso, un momento, hilvanando sus pensamientos para expresarse mejor. El otro lo miraba con un poco de curiosidad y de fastidio. Conocía lo que iba a solicitar, y esperaba.

«... Sabían ellos que el patrón vendía la hijuela en cinco mil pesos. Y como ellos, con el ahorro tesonero hecho en cuarenta años de trabajos a las órdenes del fundo, y la venta de unos animales y de muchas cargas de lingue sacadas de la otra hijuela que les iba a dar el Gobierno por el otro lado, como ellos tenían la plata con qué comprar ese terreno, lo querían para ellos. Quedaban cerca del pueblo y a un paso del puerto de la laguna. Y, por tanto, la vejez de sus cuerpos más próxima al boticario de Contulmo o al hospital de Cañete.

Sabían que el patrón era bueno. Desde que lo conocieron niño admiraron la bondad del patrón. Además querían dejarle al yerno, cuando ellos no existieran, aquel pedazo de tierra, mitad vega y mitad faldeo, que nunca conocieron terreno mejor.

Sabían ellos... »

Escuchaba en silencio el otro. De pronto se levantó, y tendiendo la mano en actitud de conformidad y despedida, dijo:

—Bien, muy bien. Si tienes el dinero cuenta con que ya la hijuela es tuya.

Y salió haciendo sonar las finas espuelas.

—Patrón. ¿Es que no se va a quedar a almorzar? Fijese, he matado un pollo, y está la cazuela lista.



Era María la que hablaba, poniendo una sonrisa amable en su arrugado rostro.

—No, María. Muchas gracias. Otro día será. Ya le dí el conforme a tu viejo. Que se la coma él. ¡Hasta luego!

Iba a romper al galope cuando vió venir la ágil figura de Carmela portando un balde con agua para la casa. Se acercó hasta ella, jinete en el alazán impecable, algo le preguntó en voz baja. La muchacha se turbó, luego riendo hizo un débil gesto negativo con la cabeza, y, como huyendo, apresuró el paso hacia la casa.

El hacendado picó espuelas alejándose.

Desde los matorrales próximos dos ojos cargados de odio le siguieron, los ojos del indio Juan, hasta que se perdió su silueta en el recodo lejano.

## V

De esa misma masa aventurera que aventó el viejo mundo hacia las nuevas playas, desde las hazañas de Colones y Pizarros hasta fines del siglo XIX, de esa misma masa aventurera era el recio y audaz don Pedro Antonio, quien venía como tantos y tantos a hacer la América en cualquier forma.

¡Oh, América, tierra de promisión donde con poco trabajo se amontonaba el oro, donde, sin necesidad de cuidados, los campos se ofrecían pródigos! América, pobre país de indios domesticables y sumisos! América, la meta dorada y soñada!

Cuba, primero, y la República Argentina, después, conocieron sus inquietudes de conquistador. Hasta que un día, a la sombra de una baraja sucia la mala suerte le obligó a abrirle un ojal en el vientre a un gaucho descuidado. Y a través de tres días largos y dos noches desnudas y ateridas, por fin conocieron sus ojos los valles verdes de Chile.

Y la suerte acá le fué propicia.

Un golpe de audacia le valió quedarse con los bienes de un compatriota confiado. Y entre dos vasos de aguardiente y buenas o malas razones, los indios fueron entregándole de a poco sus propiedades. Hubo muchas notas rojas, y el silencio final se abrazó a dos o tres caciques infelices. Pero él tenía un fin preconcebido, y los medios justificaban ese fin.

Ya terrateniente casó con la hija de unos tenderos del pueblo cercano, de la cual tuvo dos descendientes varones, que desde sus primeros pasos aprendieron las labores campesinas, para continuar más tarde sus estudios técnicos agrícolas en la lejana capital.

En el carácter de ambos se advertía la sangre dominadora del viejo, el cual se despidió de los trabajos terrenales poco tiempo después de su esposa, y en circunstancias trágicas que nadie se atrevió a esclarecer.

A todo esto Matías, el viejo mayordomo de la hacienda, hombre sencillo y creyente, genuina representación del viejo tronco campesino chileno, vivía su vida humilde, calladamente uncido a la labor de todos los días.

Su vida no tenía historia. Al igual que los árboles y los pájaros, había nacido en aquellos lugares, vivía como todos, y terminaría bajo aquel mismo cielo el imperioso mandato ineludible.

Su mayor ambición habría sido tener una tierra propia que cultivar; pero tan manso y sumiso, tan adentrado su espíritu en la faz servicial en que había nacido, creía, en cierto modo, que unos hombres nacieron para mandar y otros para servir. Se resignaba fatalista.

La hacienda en manos de los dos jóvenes se transformó violentamente. Cualquiera a la edad de ellos habría gustado de la vida en otra forma, gracias a la herencia del viejo. Pero aquellos hombres tenían la ambición en la sangre. Nuevas construcciones se levantaron junto a las viejas casas que quedaron para graneros o bodegas. Maquinarias modernas reem-

plazaron al trabajo manual de los segadores y engavilladores. La trilla fué una función mecánica sin gracia y sin alcohol.

Matías contemplando aquello no decía nada, pero en su interior miraba desmoronarse sus años y la vieja obra del viejo patrón con una pena íntima muy suya, y nada más. Por entonces iba doblando el cabo de los cuarenta y tantos años, y recién la primera y única alegría de su hogar se llenaba con la risilla infantil de Carmela. Pero la pena de Matías frente a la evolución de la hacienda le estorbaba en los pasos y enredaba sus palabras. Se sentía mal en aquel ambiente nuevo a fuerza de progreso. Y para colmo los jóvenes acordaron desposeerlo de su cargo indicándole que fuera a cultivar a medias una hijuela fuera de la hacienda, una hijuela que los arañazos de un usurero le usurparon a un agricultor pobre, para traspasársela a los herederos de don Pedro Antonio por el *mínimum* de la deuda.

Sin voluntad para protestar, y en cierto modo contento de la decisión de los patrones, una ancha mañana de primavera, se fué Matías de la hacienda con su mujer, la chiquitina y la carreta cargada con sus menesteres domésticos, más dos sacos de trigo, generosa gratificación a su largos años de trabajo en la hacienda.

Después de un interminable día de viaje, al paso tardo de los bueyes, al caer la tarde llegaron por fin al rancho con pretensiones de casa, sobre el esterito claro, rodeado de castaños, y empinándose en un faldeo suave como para mirar la azul tranquilidad de la laguna cercana.

Y allí estaba hacía cerca de cuatro lustros el buen Matías, cuyas aspiraciones, más definidas ahora, eran poseer un pedazo de tierra para él, nada más, tierra suya, que pudiera amar por suya, única y amorosa. Aquella aspiración le atenaceaba cada día más. Y por ella ganaba su plata y la juntaba pacientemente, perseverantemente. No era un avaro, ni siquiera egoísta. La hospitalidad franca y sana del hijo del campo la tenía como

un firme sentimiento en él, como base asimismo de su cristianismo sencillo. Siempre en la cocina un allegado, un amigo, un viajero, encontraron un rincón tibio y un plato de sopa, precediendo al mate cebado por las manos ágiles de María.

Un día una india joven llegó a las puertas de la casa saludando con voz triste. Llevaba un chiquillo de pecho y una indiecita de no más de tres años, cuyos piesecitos ateridos chasqueaban sobre la tierra dura del camino, al trotar tras de la madre.

Se quedó aquel día en la casa, y sobre unos cueros de oveja se tendió al caer la noche, junto al fuego. A la madrugada siguiente los berridos del chico despertaron muy temprano a los moradores de la casa. La india con la pequeñita habían huído en la noche, dejando abandonado al niño en aquel lugar.

Quien más contenta estuvo con la adquisición inesperada del chico fué Carmelita, Puso toda su dedicación en cuidarlo. La leche animal reemplazó al seno materno, pero los mimos y las caricias de la muchachita, las reprensiones dulces y las rurrupatas cantadas a media voz, eran moneda nueva para el aborigen, que creció fuerte, vigoroso y regalón.

## VI

Al otro lado del cordón más alto que corta de este a oeste la Nahuelbuta y se pierde luego en muchos filos más pequeños, el viejo Matías iba a trabajar a veces en desmontes y caminos. El Gobierno ofrecía aquellos inexplorados cordones de cordillera a los colonos que quisieran trabajarlos. Y por aquella esperanza aguijoneados, muchos campesinos sin fortuna, a golpe de hacha iban a romper la tranquilidad de la selva esperando poseerla al fin.

Matías tenía delineado su dominio, habiendo levantado el tijeral simple de un rancho de ñocha y troncos en el centro. Sobre aquellas quebradas elevaba el castillo de sus ilusiones del mañana, sus ilusiones de después, si se quiere, porque allá abajo, junto a la laguna estaba su más grande amor: la hijuela que tenía a su cuidado.

Un día, preyo consejo con su mujer, después de hacer dificultosamente cálculos y números creyó que podía comprarla. La venta de unos novillos y una vaca parida reunió la suma necesaria para la operación. En eso, y al olor de los reales, más que por otra cosa, un mozo de los alrededores se atrevió a plabrear de amor a Carmela, hecha ya un hermoso pimpollo. Sabido por el viejo lo que pasaba, llevó las cosas a las derechas. Llamó al mozo a platicar con él, y se armó casamiento para dos meses después, al término de las cosechas. Unicamente la madre de la novia no parecía contenta. Tenía referencias no muy buenas de su futuro yerno, y por eso no lo creía digno de su hija. Pero su resistencia fué escasa, y el casamiento se hizo con todo lo que Dios, la ley y la costumbre mandan. Y hubo mucha alegría, mucho vino, y unas cuantas tonadas alusivas sobre las guitarras vibradoras.

Con la venta de unas columnas se repusieron algo de los gastos de aquella fiesta única, y ante el novio semi desencantado, acordaron nuevamente proponer compra a los patrones. Sacaron en limpio, entre ellos, los años servidos, los sacrificios que se imponían siempre que los patrones deseaban algo difícil, y la ninguna queja tenida en su contra. Cómo no iban a acceder! Además plata en mano, dinero sonante y contante.

Los viejos soñaban. Levantaban sus sueños lo mismo que los muchachitos que se sienten capaces de comprar el juguete tantas veces deseado. Lo mismo.

## VII

El alemán y opulento don Paulo estuvo aqueila tarde de paseo por esos lugares, acompañado de sus dos perros longitudinales y bajos, color chocolate.

En la casa de Matías todos estaban íntimamente contentos. Por fin aquellas parcelas de tierra morena podrían llamarlas suyas. Al lado abajo de la casa harían un huerto grande, cambiarían los cercos de algunos potreros, toda la loma la sembrarían sin temor, y muchas cosas más, todas las que fueran dictando las circunstancias.

Matías, sentado en una piedra, frente a la casa, fumaba su pitillo de hoja. Y en silencio iba enhebrando su ensueño a punto de cuajar.

Don Paulo secándose la transpiración que bañaba su frente, se acercó a él con una sonrisa. Se levantó el viejo respetuosamente, y algo extrañado por aquella atención de quien era tan parco en cortesías.

Matías, haciendo indicación al calor que reinaba afuera, le invitó a pasar adelante.

Y adentro el visitante supo que la hijuela estaba apalabrada con Matías. Cuestión de días para formalizar legalmente la compra. Y también supo el rendimiento que daba aquella tierra, los proyectos de su futuro dueño, lo que se podía hacer, lo que se podía suprimir.

Con la sencillez que encerraba todos los actos de su vida el viejo hablaba, dando rienda suelta a su íntimo contentamiento. Y el visitante escuchaba entrecerrado los ojos, y con una sonrisilla de complacencia.

Cuando ya tarde don Paulo se marchó de vuelta de su paseo, estrechó al partir la mano de Matías, felicitándole por su adquisición.

Y la familia aquella noche, en torno del fuego, tuvo palabras de elogios para el alemán.

El único que nada dijo fué Juan, el indio huraño, que al perder su años infantiles, se había tornado de pronto en un ser reconcentrado, quizás triste, pese al ambiente sano y apacible de la casa.

## VIII

Pasaron dos días, dos días breves y luminosos como todo momento alegre. José María, el marido de Carmela, aún no volvía de un viaje a Los Sauces con una venta de corteza de lingue. Se inquietaba un poco la joven mujer por aquella tardanza y su madre sólo movía la cabeza en un gesto resignado, cuando aquélla se acordaba de él. La verdad es que sospechaba la verdad. En cada legua del camino indefectiblemente se encuentra una casa con una vara para «topear». Y tras de la vara, al lado adentro, una pipa de vino acecha sin compasión.

A pesar de todo, aquellos dos días estuvieron llenos de actividad y entusiasmo. Y Matías y Juan levantaron el tijeral de una nueva casa al lado de la vieja.

Sábado. En la mañana lleno de rumores agrestes, el sol iba rodando por el alto de la montaña como un potro salvaje lleno de claros bríos de primavera. Y era el otoño según argüían la costumbre y los pámpanos rubios de las viñas maduras. Y fué el invierno entrando en el corazón de Matías y de los suyos cuando el «tinterillo» del pueblo llegó a la casa alegre con un recado urgente en el plazo de dos días debían abandonar la estancia con todos sus «monos», pues don Paulo acababa de firmar la escritura de compra de la hijuela por cien pesos más de lo que ellos iban a dar.

Así, por acaparar un sucio billete más, los patrones de Matías rompían de golpe toda su esperanza, quebrantaban su pa-

labra y sumían al viejo y toda la familia en la amargura infinita de los desposeídos de justicia. Pero, ¿sería posible aquello?

Y encima de la pena floreció la duda, como una esperanza en el corazón del viejo. Anhelando definir su caso se decidió:

—Juan, ensíllame la bestia!

Extrañado el otro abrió mucho los ojos, pero nada dijo y tomando un lazo se alejó.

Solamente cuando acercó el caballo ya listo, interrogó:

—¿Pa ónde?

—Pa la hacienda.

Y nada más. El camino orillaba un poco la laguna, y subía luego a la montaña, áspero, rojo, cansado, tendido como un gigantesco lazo bajo el sol.

A través de toda la tarde nadie más en el camino que la silueta ausente del viejo y su caballo. Las avanzadas de la noche venían cayendo encima cuando las casas de la hacienda aparecieron tras la última tranquera.

—¿El patrón Alfredo?

En el umbral de la puerta se recortó la altiva figura del otro dueño. No se encontraba Alfredo.

—Ah! Eres tú, Matías? Entra no más, hombre. ¿Qué se te ofrecía?

Y otra vez el viejo, como cuatro días antes daba vueltas el sombrero entre las manos sin acertar a desenredarse. Por fin habló con voz trémula, e hizo la historia de su caso, quedando mudo y asombrado cuando su interlocutor, interrumpiéndole con una carcajada, le advirtió:

—¡Cosas de Alfredo, Matías! Cómo se le ocurre ofrecerte eso sabiendo lo que vale? Yo sabía que don Paulo se interesaba, y tú comprenderás que tenemos que preferirlo. Además Alfredo te lo ha dicho en son de broma ¡Es tan bromista! Tú no lo conoces bien.

Tuvo que sostenerse en la mesa para no caerse. Ahora que era cierta, irredargüible, definitiva, la injusticia, sentía que el



corazón se le ahogaba dentro del pecho. Esa era la gratitud de aquéllos en cuya fortuna él había colaborado con todas sus fuerzas, para hacerla más sólida cada día allá en sus principios!

Toda la vida se le venía abajo por ese gesto, por esa acción de sus patronos. Nunca habría podido creerlo. Por un momento pasó ante él toda la visión de los esfuerzos que dejó allí, de las inquietudes que compartió con el finado Pedro Antonio; de su juventud volcada sin egoísmos en el progreso de la hacienda, todo.

Y salió de la estancia mudo, derrumbado interiormente y la cabeza azotada de fiebre.

Montó de nuevo, y enderezó por el mismo camino que lo había traído. La noche salpicada de rumores le envolvió en sus amplias mantas apagadas, mientras doblado sobre el cuello de la bestia fiel, el viejo lloraba lo mismo que un niño. Lo mismo.

Pero cuando al amanecer llegó de nuevo a su casa el corazón había descansado mucho. Le dolía el estómago vacío tantas horas, y nuevas arrugas se enredaban en su rostro macilento.

No hubo palabras a la llegada. Para qué palabras. El veredicto patronal lo estaba diciendo el gesto dolido del hombre. Sin hablar le sirvieron algún desayuno. Y sin ruido de voces las mujeres fueron amontonando en un rincón todos sus enseres, mientras Juan, más sombrío que nunca, disponía la carreta.

Lentamente, calladamente, como al pasar un sorbo amargo, iba luego, camino adelante, el pequeño grupo de vencidos. Los varazos caían secos y duros en los lomos de los bueyes. El carretero ceñía en el rostro oscuro un gesto rencoroso.

Al doblar la primera vuelta que escondería la casa tras ellos, Matías detuvo su caballo y se volvió a mirarla por última vez. Los que han hurgado el corazón campesino sabrán cómo el hombre del campo ama su casa y su suelo. Cómo en cada brote que estalla y en cada espiga que se grana, va sacudiéndose su íntimo agradecimiento a la tierra que da.

Matías pugnó mucho por no llorar de nuevo. Pero la barba trémula se humedeció sin remedio una vez más.

Al entrar al pueblo, y pasando frente al primer burdel, una voz alegre y conocida avivaba una cueca, Juan, el carretero, simple y preciso, dejó la garrocha en manos de las mujeres que hacían un montón silencioso encima de las cosas, y entró al boliche para salir con José María a cuestas, pese a las imprecaciones y revolturas que éste prodigaba en son de protesta. Lo mismo que una bolsa quedó tendido el hombre arriba de la carreta, para dormirse en seguida a causa del tratamiento recibido y del alcohol.

Muy entrada la tarde la carreta llegaba por fin a las lindes del terreno que presuntivamente era de Matías. Y allí anclaron su inquietud esa noche, para dedicarse al día siguiente a levantar el nuevo techo que los cobijaría.

Cerca de la estructura del primer rancho una pequeña quebrada ofrecía el frescor de su vertiente pura y cristalina. Y fuera de allí, por todos lados, montaña y montaña. Escasamente el camino por donde llegaran mostraba la piel morena de la tierra. Y encima el cielo, la ronda celeste del día.

Siete días de trabajo áspero lograron arreglar algo la nueva hortaliza, el corral y la disposición general de la casa. Los tres hombres, laborando de sol a sol, no borraban todavía la dura impresión del desalojo repentino. Silenciosos, hoscos, dolidos, se envolvían en sus nuevas ocupaciones afanosamente, como si el esfuerzo rudo apagara en algo la mordedura de la injusticia que sufrían.

## IX

Una tarde alrededor del fuego se reunieron los tres hombres como de costumbre, mientras las mujeres atendían las ollas humeantes y servían colmadas las fuentes de greda una y otra vez a cada uno.

Matías estaba contento al parecer. Y así se dispuso a charlar comentando los avances del trabajo. Habían rozado una apreciable cantidad de montaña. José María se quejaba de no haber encontrado ningún lingue más por esos lados. De pronto el indio, saliendo de su mutismo natural lo interrumpió.

—Antes de estar pensando en vender lingue pa tomarte la plata, más te valiera abrir los ojos...

El interpelado con extrañeza y disgusto preguntó:

—¿Y a qué viene eso, gueñi?

—Por allá por el filo he visto pasar ánimas rucias al oscurecerse.

La voz del mocetón era ronca, con un dejo amargo y desconocido. Dejaba caer sus palabras pausadamente. Carmela sentía en la penumbra del rancho los ojos del mozo que la miraban desde la sombra. Y un vivo rubor le subió al rostro reconociendo la indirecta. Para disimular se inclinó hacia los leños, y sopló repetidamente las brasas hasta que se levantó de nuevo una llama viva y alegre que iluminó francamente la escena.

—¿Habís visto pasar ánimas rucias?

—Las he visto. Pero en de repente le voy a hacer la cruz.

No le entendieron. Los dos hombres y la vieja hicieron un gesto vago con los hombros. Sólo Carmela retirada a un rincón, u ocupada en dar unas sobras a los perros, tembló imperceptiblemente. La amenaza de Juan la envolvía directamente. Aquella tarde debió haber visto a don Alfredo cuando se retiraba por el camino de la cumbre, o quizás cuando conversaban, y él, tomándola de sorpresa, quiso besarla. Lo cierto era que el mozo estaba en su secreto. Aquellas alusiones le decían claro. Carmela se iba llenando de temores súbitos a cada momento. Pero reaccionó. No y no. En un caso dado negaría redondamente. Don Alfredo lo confirmaría. Y ese indio aborrecible—porque ya era así—sería despedido y castigado.

La comida terminó. Se retiraban todos a dormir, cuando

de nuevo la voz de Juan anunció en tres palabras que al día siguiente bajaría al pueblo.

En otra ocasión la extrañeza habría estallado en preguntas curiosas, pero el ambiente habíase tornado frío, y hasta las mujeres nada dijeron.

José María anunció también su propósito de ir, pero sintió que un hosco vacío recogía su indicación.

Y Juan bajó solo.

## X

Dos días más tarde, muy de alba, llegó de regreso. Traía el rostro abierto en una ancha sonrisa, y tarareaba una musiquilla cualquiera.

La bienvenida fué breve:

—¿Habís llegao?

Y la contestación casi alegre:

—Y me fué rebién!

—Toma, entonces.

Un cacharro con harina tostada y agua caliente era el desayuno obligado.

Al ir a buscar las hachas para seguir el trabajo del roce de la montaña, Matías notó en la camisa de Juan unas manchitas rojas. Sin vacilar el viejo preguntó:

—Juan, ¿por qué tenís sangre en la camisa?

Apenas un relámpago de sorpresa sacudió al otro, cuya contestación se enredaba en una sonrisilla:

—Si no es sangre, taita. Son unas gotas de vino...

Y salieron.

Sol alto. Las quebradas se ahondaban de pena sintiendo el desgarrón interior de los árboles que caían. Las bandadas de torcazas pasaban muy arriba, con miedo a detenerse. El agua cantaba imperturbablemente.

De repente una voz dura hendió los aires:

—¡Eh! Viejo, sube!

Mientras el viejo ascendía continuaba montaña adentro el ritmo aquel que hizo decir al poeta: «¡Cantad, hachas, cantad!»

Junto ya Matías al carabinero que lo llamaba, éste lo interrogó en forma brusca sobre sus relaciones con sus ex patrones, y aquello de la hijuela que había pretendido adquirir.

¡Qué cosas! En la misma herida no bien cerrada iban golpeándole las palabras del hombre de uniforme. Al viejo le dolía aquello, y para terminar con eso tuvo un rasgo de energía:

—Dígame, su mercé, ¿pa qué me habla de esto?

El tono autoritario del otro envolvía la verdadera causa.

—Anoche en la Vuelta Colorá han arrastrao a lazo a don Alfredo, botándolo del caballo. Y después de un par de tajos casi le han separao la cabeza del tronco.

Matías se puso pálido. Sin querer se acordó del gesto amargo y las palabras del mocetón que aquella noche no habían podido entender, de la súbita bajada al pueblo y de las manchas rojas que mostraban en la camisa esa mañana del regreso. Y creyó comprender la verdad reparando en las circunstancias que vivían. El indio vengaba terriblemente, según su íntimo e ingenuo criterio, la injusticia del hacendado, la falta de formalidad hacia su buena fe de agricultor humilde.

El golpeteo de las hachas había terminado. Las cortinas de una nube apagaban el sol. Otoño. Un aletazo de frío rozó los árboles y los cuerpos. En la cumbre el carabinero obligaba al viejo trémulo a seguirle. Y abajo, ante las sorpresas de las mujeres que le vieron pasar rápidamente, un hombre, balanceando su sonrisa fuerte entre la maraña de la selva, huía de la ley amparado en el claroscuro de su conciencia y de la vida.

Ese día fué un latigazo en el alma de aquellos humildes. José María, que talando arbustos en el fondo de una quebrada no se había percatado de la presencia de la autoridad ni de la huída de Juan, sólo atendió a ello cuando los gritos de su mu-

jer le obligaron a hacerse ver. Esta relató lo poco que había visto, instando al hombre a apresurarse a saber qué pasaba con el viejo.

Al retirarse José María, la mujer se echó a llorar en silencio, atenaceada por su intuición que le decía cosas vagas pero terribles. Al llegar a la casa encontró a la viejecita que tenía los ojos húmedos, y que al secárselos con el dorso de la mano, decía:

—¡Hágase, Señor, tu santa voluntá!

Al poco rato volvió José María. Traía una impresión de azoramiento en el rostro. Sus palabras definieron la brumosa sensación de tragedia.

—¡Anoche han acuchillao a don Alfredo!

Carmela lanzó un grito. Se puso intensamente pálida, y quedó como atontada mirando sin ver, con los ojos muy abiertos y la expresión caída. María se había cubierto el rostro con las manos y sollozaba, en tanto el hombre describía la escena del viejo con sus largos años y su pena llevado casi al trote bajo la amenaza constante de una carabina, a pesar de todo lo cual el preso alcanzó a explicarle su situación para que las expusiera en su casa.

Y ahora, ¿qué harían? Eran pobres, gentes sin relaciones de influencia. Una mala racha les azotaba inclemente. Se sentían indefensos, vencidos, incapaces. Pero Carmela reaccionó primero que su marido y su madre, e imperiosamente, con una voz y un gesto, nuevos en ella, indicó a José María su deber:

—Andate p'al pueblo. Trata de ayudar a mi taita.

Y recalcó:

—Procura ser hombre alguna vez!!

Luego señalando la cabeza cana de la viejecita precisó:

—Nosotras nos quedaremos aquí rezando por todo lo sucedido!

José María se fué.

Las mujeres al mediodía quisieron almorzar por costumbre, pero quedaron intactas las fuentes. María seguía llorando silenciosamente. Un interminable raudal de lágrimas se le agolpaba a los ojos. Tanto, que Carmela hubo de repetir:

—No llore más, mamita. Mi taita volverá esta noche, de seguro.

Como un soplo la viejecita insistió:

—Rezo por él... y por Juan.

La joven se levantó, y ásperamente dijo:

—¡A Juan que lo lleve el diablo!

Ya no tenía lágrimas. Era la hembra fuerte y bravía que esperaba, y provocaba y maldecía con su instinto y su condición, lisa y franca. En ese momento habría sido capaz de darse íntegra en un gesto decididor de destinos. Sentía que nada le importaba. Iba de frente a las circunstancias, como seguramente han ido las mujeres impulsivas y heroicas que supieron amar, odiar y matar.

Pero allí estaba sola, con una madre vieja, el padre injustamente vejado, un marido débil y un gran eclipse de sangre rodeándolo todo. De haber sido posible, con un golpe de sus manos nerviosas y jóvenes hubiera definido y liquidado situaciones. No sabía cómo. Pero deseaba hacerlo. De pie, en medio del patio más limpio de troncos, sus pensamientos y su cabellera revuelta jugaban desorientados entre los dedos del viento montañés.

Llegó la noche.

No aparecían José María ni el viejo.

Junto al fuego—eterno y amable amigo de los pobres—las dos mujeres esperaban. La anciana rezaba en voz baja desgranando las cuentas de un negro rosario. La joven sentía que en su cabeza bullían encontrados y nuevos sentimientos. Miraba las llamas de los palos que ardían, y las lenguas de fuego parecían reír, bailar, huír irónicamente.

De pronto los perros se levantaron con las orejas altas.

La claridad lechosa del alba próxima aceitaba los cielos.

No ladraron los perros. Demostraban júbilo con pequeños gritos y la cola batiente.

Las mujeres se habían levantado a recibir al que llegaba: Juan entró.

—¿Vos, maldito?

Carmela lo recibía así. En la penumbra parecían brillar sus ojos, y su actitud era de amenaza.

El mocetón calmadamente contestó:

—Quiero saber que ha sido de mi taita.

La joven se desató en palabras duras:

—¡Perro! perro!! Todavía tenís el cinismo de decir eso! ¡Indio. guacho, hijo de india, asesino! Andate, ándate y entriégate será mejor. Mi taita está pagando por tu culpa. Con eso agradecís, maldito! maldito! maldito...!

Se le destemplaban los nervios. Avanzó un paso más, pero se le cayeron las manos. Una gran depresión repentina la invadió. Y ante la viejecita absorta siguió diciendo, pero en otro tono:

—Entriégate, Juan, entriégate. No hagai sufrir a mis taitas. No seai desagradecío. Entriégate, Juan, y yo también lo diré too al juez. El finao era un canalla... Vos tenías razón pa matarlo. ¡Ah! Cómo nos engañó...!

Un sollozo sordo le cortó la palabra, María se acercó a ella para consolarla, instintivamente quizás, porque creía ser víctima de un mal sueño. En su razonamiento no cabía, así de repente, formarse opinión en lo que acababa de revelársele. Los acontecimientos habían llegado tan de prisa que todo era confusión en su cerebro.

—¡Entriégate, Juan!

—De juro que sí, Carmela. El muerto bien muerto está. Y mi taita no tiene la culpa.

Dijo eso, y salió.



Un profundo suspiro de satisfacción le alivió el pecho mientras tomaba el camino hacia el pueblo. Iba a entregarse, y se sentía íntimamente contento. No tenía en el rostro el gesto huraño y habitual. Un sentido de justicia impulsaba sus pasos casi alegremente.

Dobló el filo de cordón de montañas. La madrugada lo encontró bajando liviana y ágil de cuerpo y de espíritu frente al ancho paisaje de la laguna y el poblacho. Voces de campanas lejanas iban apagando las últimas estrellas. Las cumbres, sorprendidas, traían en sus hombros fuertes los primeros racimos de oro del alba nueva.